

Séptimo domingo del Tiempo Ordinario A2023

Permítanme comenzar esta homilía con un viejo proverbio que dice: “De tal padre, tal hijo”, “De tal madre, tal hija”. El mismo proverbio se encuentra en el libro de Ezequiel 16:44. Más allá del tópico que esconde, este proverbio habla de la similitud física y de conducta que tienen los padres con sus hijos.

Lo que el proverbio presenta aquí como una realidad biológica a causa de la misma sangre y la prueba del ADN, las Escrituras lo presentan como un llamado de Dios, nuestro Padre Celestial. Así Dios exhorta a Israel por boca de Moisés: “Sean santos porque yo, el Señor, soy santo”.

Ser santo y asemejarse a Dios requiere, como sugiere la primera lectura, deshacerse del odio, contenerse de la venganza, abandonar los rencores y amar al prójimo como a su mismo. Al hacerlo, los que creen en Dios serán como él. Se parecerán a él porque no actuarán a su manera, sino de manera piadosa, con misericordia y benevolencia.

De una manera muy práctica, el Evangelio muestra cómo es actuar de manera piadosa. Pero, antes de entrar en detalles, Jesús opone la llamada ley de proporcionalidad o ley del talión al principio de la imitación de Dios. ¿De qué se trata?

La ley de la retaliación apareció por primera vez en el Código de Hammurabi, el rey de Babilonia. Estipulaba que si una persona ha herido a otra, se le debe dar un equivalente del dolor que le infligió a la otra. Esa ley fue considerada como una aplicación de la justicia en la medida en que pretendía limitar el espíritu de la venganza.

Como muchas sociedades de la época, para evitar venganzas o represalias, Israel se adoptó la ley de proporcionalidad. Israel acepta que el castigo que se impondrá en caso de mala conducta debe ser proporcional a la falta cometida. Eso explica la máxima “ojo por ojo” y “diente por diente”. Desafortunadamente, ese principio, en lugar de establecer la verdadera justicia era, de hecho, una especie de venganza permitida. Si uno que quebró la pierna de otro tiene que tener la suya quebrada, ¿qué clase de justicia es esa?

Para Jesús sea que sea el fin de esa ley y su beneficio para la vida de la sociedad, la retaliación, aun controlada, no tiene derecho en la vida cristiana. Lo que encaja en el comportamiento cristiano es el espíritu de no resentimiento y no represalia.

Para mostrar la relevancia de ese razonamiento y cómo debe comportarse el pueblo de Dios, Jesús da un par de ejemplos tomados de la vida de Israel. El primer ejemplo se refiere a la no resistencia ante el insulto, la humillación y el desprecio. De hecho, cuando dos oponentes estaban frente a frente y uno quería abofetear al otro en la mejilla derecha, la única forma de hacerlo era golpearlo con el dorso de la mano.

Según la tradición judía, golpear a alguien con el dorso de la mano era doblemente insultante que golpearlo con la palma de la mano. En ese caso, el punto de Jesús es que incluso si alguien nos insulta de una manera mortal, nunca debemos tomar represalias.

El segundo ejemplo se trata de la no pretensión ante los bienes jurídicos. De hecho, un judío tenía dos tipos de prendas: la túnica y el manto. La túnica era el vestido principal y cualquiera podía tener muchas. La capa era una túnica que se vestía de día y se usaba como cobija por la noche. De tal prenda, un judío tendría sólo una.

Según la ley judía, la túnica se podía quitar como prenda y no el manto. Al proponer que ambos sean quitados, Jesús quisiera decirnos que no debemos disputar sobre nuestros

derechos. En lugar de reclamar nuestros derechos y privilegios legales, sería mejor que pensemos en nuestros deberes y responsabilidades.

El tercer ejemplo es sobre la tolerancia hacia un amo que obliga o hacia los necesitados. Era habitual en aquella época que la potencia ocupante presionara al pueblo judío en cualquier momento para que le prestara los servicios que necesitaba para su beneficio. Jesús dice que aun en un caso tan apremiante, como cristianos, nunca debemos servir con amargura, sino siempre con alegría, con la única preocupación de ayudar a los demás.

El último ejemplo que da Jesús es sobre el amor a nuestros enemigos. Esta es una pregunta difícil, pero no imposible. Déjame explicar. Para entrar en la visión de Jesús, es necesario distinguir el amor filial del amor conyugal. ¿Qué es eso? El amor filial es el que existe entre los hijos y sus padres, y el amor conyugal es el que existe entre los cónyuges. El sentimiento que impulsa el amor filial es el afecto. Está profundamente arraigado en el corazón humano para que nadie pueda dejar de amar a sus propios hijos. El sentimiento que impulsa el amor conyugal es la pasión. Está arraigado en el corazón humano hasta el punto de que nadie puede evitar enamorarse.

Cuando Jesús habla del amor a los enemigos, no se trata del amor filial o marital. El amor a los enemigos es un acto de la voluntad. Necesita un poco de buena voluntad para que suceda. Uno tiene que traer no solo el corazón, sino también la cabeza, para que pueda ser conquistada sobre el instinto natural del resentimiento contra los enemigos.

Aun así, ¿por qué Jesús nos pide que amemos a nuestros enemigos y oremos por nuestros perseguidores? Primero, hay el ejemplo de Dios mismo. No hace distinción entre el criminal y el inocente. Él hace salir el sol sobre los malos y los buenos por igual, y manda su lluvia sobre justos e injustos. Los que creen en él deben comportarse como él.

En segundo lugar, hay la verdad sobre nosotros mismos. De hecho, como seres humanos, todos cometemos errores contra los demás e, incluso, pecamos contra Dios. Sin embargo, todos queremos que la gente nos perdone y que Dios nos conceda su misericordia. Si ese así, deberíamos hacer lo mismo con nuestros enemigos y perseguidores.

Tercero, hay la diferencia entre nosotros y los paganos. Como dijo Jesús, la gente debe mirar nuestras obras y glorificar a Dios. Si nuestras obras no pueden ser diferentes de las de los paganos, entonces, hay un problema con nuestra fe. Por eso Jesús quiere que seamos diferentes y actuemos diferente. Siguiendo a nuestro Padre, es nuestro deber amar no sólo a nuestros enemigos, sino también orar por nuestros perseguidores. Cuando la oración se hace en el espíritu de Jesús, es poderosa. Es imposible orar por alguien y al mismo tiempo odiarlo. Cualquier oración sería una diferencia en nuestra vida y en nuestra relación con los demás. Sólo así podemos actuar como Dios. De lo contrario, no hay diferencia entre nosotros y los paganos.

Pidámosle a Jesús que nos ayude a comprender que somos templo de Dios. Y por eso tenemos que imitar a nuestro Padre que está en los cielos amando a nuestros enemigos y perseguidores. Dios los bendiga a todos.

Levítico 19: 1-2, 17-18; 1 Corintos 3: 16-23; Mateo 5: 38-48



Fecha de la Homilía: el 19 de Febrero, 2023

© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230219homilia.pdf